



Estudios Políticos

ISSN: 0185-1616

revistaestudiospoliticos@yahoo.com.mx

Universidad Nacional Autónoma de

México

México

Woldenberg, José

Norbert Lechner: intelectuales y “la manera de vivir juntos”  
Estudios Políticos, vol. 9, núm. 17, mayo-agosto, 2009, pp. 85-90  
Universidad Nacional Autónoma de México  
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=426439976005>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal  
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# Norbert Lechner: intelectuales y “la manera de vivir juntos”

José Woldenberg\*

Hace 5 años, el 17 de febrero de 2004, murió Norbert Lechner. Alemán y chileno fue uno de los politólogos más imaginativos y menos rutinarios en América Latina. Lo conocí como profesor visitante en la sede de FLACSO-Méjico a mediados de los años noventa. Pero ya había leído algunos de sus textos que desde el primer momento me resultaron sugerentes, provocadores.

Recuerdo uno en especial: “Intelectuales y política: nuevos nexos y nuevos desafíos”, que apareció en un libro compilado por Laura Baca e Isidro Cisneros (*Los intelectuales y los dilemas políticos en el siglo XX*, tomo 2, México, Triana, 1997), que era una reflexión en torno a la responsabilidad de los intelectuales. Marcado por el golpe de Estado en Chile de 1973, que había barrido de un momento a otro todos los sueños, para edificar una realidad “desconocida y aterradora”, Lechner se preguntaba sobre el papel que debían jugar los científicas sociales. No era ni es un tema sencillo y menos desarrollarlo a la luz de los trágicos acontecimientos chilenos.

Decía: El mundo se había venido abajo. El mundo construido subjetivamente. Pero la vida seguía. “Quedamos sin discurso y enmudecidos buscamos recuperar la palabra”. Y para ello se requería “nombrar lo perdido”. Se necesitaba revalorar lo que se había destruido con el golpe, criticar el autoritarismo impuesto, pero también analizar “los errores de la Unidad Popular... y las concepciones teóricas que nos llevaron a depositar nuestras esperanzas de una sociedad mejor en un cambio revolucionario”. Ese resorte difícil de activar que, sin dejar de

\* Maestro en Estudios Latinoamericanos. Profesor de Tiempo Completo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

criticar las enormes aberraciones del adversario, es capaz de reflexionar sobre la responsabilidad propia, no era ni es común.

Se trataba también de un llamado a “repensar la democracia como estrategia política a la vez que principio regulador de nuestra conducta”. Una democracia, que no fuera una estación de paso para el logro de no se sabe qué fin ulterior, sino una compromiso con esa forma de gobierno para hoy y mañana. Porque en Lechner ese poco aprecio por la democracia formal había sido también uno de los disparadores de la espiral de polarización que terminaría con el criminal golpe de Estado encabezado por Pinochet. Escribió:

El contexto de los años sesenta motiva a los intelectuales chilenos a tematizar la situación del país como crisis del capitalismo; el diagnóstico induce la revolución socialista como salida a la crisis, a la vez que ignora la institucionalidad democrática del país, provocando su quiebre.

El ensueño de un futuro redentor e inasible contribuye al desprecio de todo aquello que carga el presente imperfecto, incluyendo instituciones venturosa para la convivencia social.

Lechner alertaba:

El caso de Chile en los años sesenta es un ejemplo de cómo la polarización política conlleva un disciplinamiento del debate intelectual. En la medida en que un clivaje (la antinomia capitalismo-socialismo) polariza todas las relaciones sociales, la argumentación intelectual se reduce a una mera justificación de posiciones dadas.

Esa polarización nacida de la política era retroalimentada desde la academia, y la autonomía relativa que debe guardar el quehacer intelectual se malgastaba en aras de la “causa”. En esa operación perdían ambos: la política y el debate intelectual. La política, porque no encontraba en la academia puntos de referencia distintos, elaboraciones contra las cuales modelar sus pulsiones, sino más bien ecos de sus propias apuestas. Desde la academia se suministraban los argumentos para seguir tensando la polarización. Y la academia perdía su especificidad, que no es otra que la búsqueda de la “verdad” (noción ciertamente evanescente pero fundamental), porque el valor de las elaboraciones intelectuales no se medía por sus propios hallazgos, descubrimientos o dudas, sino que eran concebidos como instrumentos de la lucha política, en la cual encontraban su legitimación.

El “alineamiento ideológico”, “el militante comprometido”, fueron figuras que trajeron a la academia, y que ayudaron “a fomentar la lucha a vida o muerte” que acabó derrumbando “a la democracia chilena e instaura la dictadura”. Decía Lechner no sin dolor: “Nosotros mismos somos co-responsables de haber impulsado los conflictos más allá de los cauces institucionales”. Y después del golpe, surgía la imperiosa necesidad de pensar “por cuenta propia”, y no buscar una autoridad política que avalara la producción intelectual.

La responsabilidad de los intelectuales era la de denunciar la lógica de la guerra (o el de la política entendida como guerra, que un día se hace realidad), y la de “promover un clima de tolerancia y de respetar la lógica de la política”. Lo cito en extenso:

Descubrimos la soberbia que puede tener un pensamiento crítico cuando la lógica implacable es ciega a sus consecuencias concretas. Al querer hacer tabla rasa del presente a nombre del futuro, no sólo traicionamos ese mañana mejor sino que echaremos por la borda lo que tantos sacrificios costó. Aprendemos que la crítica del orden establecido y las luchas por la emancipación humana no deben poner en juego las libertades conquistadas. Las promesas incumplidas de la democracia nunca justifican el rechazo a la democracia formal.

Lechner extraía algunas conclusiones que ayer y hoy parecen pertinentes:

1. “Del modo que formulamos los problemas depende en buena medida la solución que les buscamos (y sus consecuencias)”. Cuando el día de hoy se expande un discurso donde los partidos, el Congreso, los gobiernos y los políticos aparecen como el gran problema de México, los eventuales desenlaces no pueden ser venturosos. La moda que desprecia de manera inercial esas instituciones que hacen posible a la democracia, construye un ambiente adverso para la reproducción de la pluralidad política en el mundo social y estatal. Por supuesto que todas esas instituciones tienen problemas y hay que atenderlos, pero no son El Problema, el dique a remover para que la armonía florezca. De hecho son y han sido parte de la solución (claro, en código democrático).

2. “El abandono de modelos globales e interpretaciones monistas y el respeto por la pluralidad de intereses y opiniones contribuye a generar un nuevo clima cultural, decisivo para el proceso de democratización”. Todo discurso, todo programa, toda actividad que suponga una

sola fuente dónde se ubica la verdad y los intereses legítimos, estará incapacitada para reconocer la legitimidad de los otros, y por ello estará inhabilitada para contribuir a generar ese “clima cultural” tan necesario para la reproducción de la democracia.

3. “No son indiferentes los esquemas de interpretación que una sociedad —a través del debate intelectual— se piensa a sí misma”. Porque, en efecto, no sólo de ahí surgen las eventuales soluciones a los retos que se enfrentan, sino que esas interpretaciones modulan la temperatura y el clima intelectual del presente.

A través de otro de los escritos de Norbert Lechner quiero hacer alusión a un tema de ayer y de hoy: “la manera de vivir juntos” que mucho puede explicar del malestar que inunda a la democracia. Se trata de “Los desafíos políticos del cambio cultural” que presentó en el Seminario Desafíos del Progresismo en Chile, que se realizó en el año 2003 y que fue publicado en la revista *Nueva Sociedad* núm.184, de marzo-abril de 2003.

El hilo conductor era el siguiente: 1. Revisar “los cambios en las experiencias cotidianas y los imaginarios colectivos”. 2. Ilustrar algunas “señales del desarraigo afectivo”. 3. Explorar “la erosión de los imaginarios de un “nosotros”. 4. Sugerir algunos combates que era pertinente dar.

Los cambios culturales estaban entre nosotros y era necesario explicar las mutaciones que en la materia se habían producido. Lechner veía cinco nutrientes de las nuevas conductas:

1. La globalización era interiorizada, no porque la sociedad nacional dejara de ser el universo habitual de la vida cotidiana, sino porque sus fronteras se volvían un poco más evanescentes.

2. El acelerado proceso de individualización, fruto de la multiplicación de actores y de sistemas de valores y creencias “que amplían el abanico de lo posible” y “dificultan la elaboración de un marco de referencias colectivas”.

3. La sociedad de mercado, que era “más que una política económica”, que tiende a socavar a las autoridades tradicionales, generando las prácticas y las percepciones que hacen de la convivencia un mero supermercado de tomas y dacas.

4. La cultura del consumo, que diluye las acciones colectivas y fomenta las estrategias individuales, disolviendo las identidades colecti-

vas, flexibilizando las relaciones laborales, haciendo de la publicidad un mapa de deseos por cumplir, modificando los horizontes espaciales y temporales (el flujo de las mercancías es —casi— universal y las gratificaciones tienden a ser diferidas), y desplazando a la ética por la estética.

5. La “mediatización de la comunicación social”, que instala una “especie de presente autista”, “restringe la preeminencia anterior de la palabra” e instala una especie de “cultura de la imagen”.

Todo ello generaba un profundo cambio cultural, producto de una nueva forma de convivencia social que cambia las percepciones de las personas. Hoy, decía, Lechner, “resulta más difícil sentirse parte de un sujeto colectivo”.

Señalaba que “las personas encuentran dificultades para darle inteligibilidad y sentido a su modo de vida” y a través de los resultados de una encuesta aplicada por el PNUD en Chile, llegaba a la conclusión de que “un número significativo de chilenos no se había apropiado de los avances logrados”. Incluso conquistas tan importantes como la transición a la democracia y un mayor bienestar no eran asimilados como un patrimonio propio. No se había sido capaz de “narrar el cuento de Chile”, un relato que construyera un basamento de comprensión mínima de lo que se había vivido, de tal suerte que las adhesiones a la democracia fueran más contundentes.

Creo que algo similar nos ha pasado a nosotros. Mientras en España, por ejemplo, los taxistas o los dependientes de los almacenes hablan del tránsito de la dictadura a la democracia, y de esa manera entienden los ejes fundamentales del cambio que ha vivido su país; en México seguimos discutiendo si la transición existió o no, si está en su primera, segunda o cuarta fase; si la vida política hoy es igual, superior o peor que la del pasado.

Esa situación se traduce en una debilidad de los imaginarios colectivos. Ni el “nosotros” como chilenos ni como ciudadanos tenía demasiado arraigo. De ahí el distanciamiento, la desafección, no sólo con la política sino con el sentido de pertenencia a una comunidad más allá de la familia.

Lechner llamaba a revertir esa tendencia o por lo menos a atemperarla, pensando a la política también como un “trabajo cultural”. Había que combatir en cuatro frentes:

1. “La naturalización de lo social”, es decir, a la noción de que la reproducción de la sociedad responde a leyes naturales, poniéndole enfrente la noción de que “la integración social” es producto de “acuerdos normativos que regulan la convivencia y le otorgan sentido”.

2. La fragmentación social. La famosa “mano invisible” es incapaz de generar integración, sentido de convivencia, y por ello ante la fragmentación era imprescindible edificar un proyecto de “casa común”.

3. La retracción social. Se trata de una reacción defensiva, que busca en el mundo privado un refugio ante la desconfianza que le provoca la vida pública. Habría entonces que promover la centralidad de lo público para “potenciar la conversación social”, “fomentar acuerdos y dar visibilidad a las diferencias y los disensos”.

4. “El presentismo”, esa fórmula de percepción para la cual no existe ni pasado ni futuro, sino un presente perpetuo sin significado alguno. Por el contrario, Lechner reivindicaba “el tiempo de la política”, único capaz de ofrecer la construcción de un futuro, y a partir de anudar pasado y presente poder ofrecer una perspectiva.

No creo que sean lecciones a las que se les deba dar la espalda.